

LAS JOYAS DE LA PANTALLA

EL OFICIAL DE RONDA

Interpretada por

William Russell



BIBLIOTECA CINEMATOGRAFICA

dacción y Administración: Mora de Ebro, 141 - Barcelona

25 cts.



MITCHELL, Howard

LAS JOYAS DE LA PANTALLA

EL OFICIAL DE RONDA

(THE GREAT NIGHT, 1922)

Adaptación literaria de la película del
mismo título interpretada por
el célebre actor

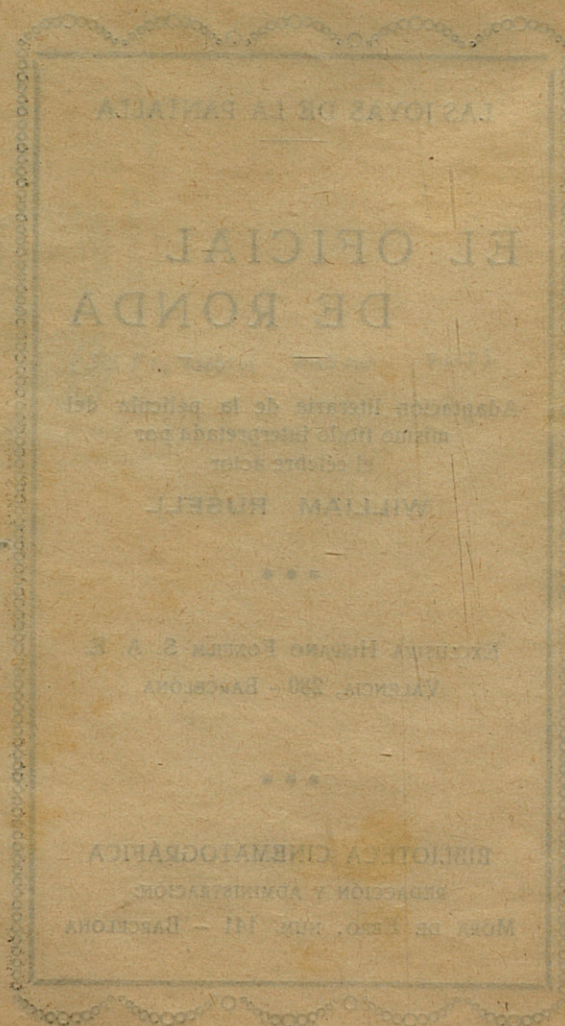
WILLIAM RUSELL

...

EXCLUSIVA HISPANO FOXFILM S. A. E.
VALENCIA, 280 - BARCELONA

...

BIBLIOTECA CINEMATOGRAFICA
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
MORA DE EBRO, NÚM. 141 -- BARCELONA



LAS JOYAS DE LA PANTALLA

EL OFICIAL DE RONDA

I

En uno de los más aristocráticos barrios de Nueva York, se encuentra, como un alarde de riqueza, de las muchas que oculta bajo sus gigantescos rascacielos la renombrada ciudad del dólar, la espléndida joyería de L. Gilmore, en cuyos escaparates se exponen variadas piedras preciosas de inmenso valor, que llaman la atención de cuantas personas pasan delante de ellas.

Su propietario, Larry Gilmore, es un muchacho simpático y campechano, que rico desde su infancia, carece del orgullo y fanfarronería de los que han adquirido repentinamente un capital por medios más o menos lícitos.

La franqueza y la jovialidad eran las características de Larry, cualidades que le

habían hecho acreedor a la simpatía y cariño de cuantos le trataban.

Huérfano desde hacía poco tiempo, había heredado de su padre la espléndida joyería que llevaba su nombre, y a la que una desconocida banda de malhechores había dirigido, en más de una ocasión, sus certeros golpes.

Aquella mañana, su íntimo amigo Julio Dentón, síndico del Ayuntamiento y miembro de la Dirección General de Policía, se lamentaba de los frecuentes robos de la citada banda, diciendo:

—Larry, no sé qué hacer. Esos condenados ladrones de joyas robaron anoche «El Záfiro»... y va el quinto robo de alhajas en una semana... Te digo que no puedo pegar los ojos...

—El mes pasado me ayudaste a capturar a los que robaron el Banco Occidental... A ver si puedes ahora aconsejarme algo...

—¿No tienes ningún indicio? — le preguntó Larry.

—¡Eso es lo peor del caso! — contestó desalentado su amigo—. ¡Los muy canallas emplean tal astucia, que no dejan siquiera huellas digitales!

—Apostaría a que hay una mujer en la banda — casi aseguró Gilmore.

—¡Siberbia ideal! Para mí que has dado en el clavo. Pero falta averiguar quién es esa mujer, entre los tres millones de las que residen en Nueva York.

Los dos amigos meditaban un plan que los pusiese sobre la pista de la famosa banda, cuando hizo su aparición don Roberto Gilmore, tío de Larry y cuyo carácter alegre se diferenciaba bien poco del de su sobrino.

Sin andarse con rodeos, fué directamente al grano, como vulgarmente se dice, y le preguntó:

—¿Supongo qué estarás enterado, Larry, de que según las cláusulas del testamento de tu difunto padre, entrarás en plena posesión de tu herencia dentro de un mes justo?... Pero con una condición... — y extrayendo de uno de sus bolsillos la copia del testamento, continuó.

—Aquí, dice: «... y en caso de que mi hijo se case antes de cumplir treinta años de edad, entrará en plena posesión de mi fortuna. Si mi hijo se casa conforme a mis deseos, mi hermano Roberto recibirá la suma de veinticinco mil pesetas.»

Aquí don Roberto creyó oportuno, por si acaso lo había olvidado, recordarle a su sobrino quién era el tal Roberto, diciéndole:

—Ese Roberto soy yo — y continuó leyendo el resto del testamento.

«Pero si mi hijo permanece soltero en la fecha indicada, tanto el dinero que dejo como herencia, como la suma que debería entregarse a mi hermano, pasarán al Museo de Historia Natural.

—Tu padre se conoce que tenía la convicción de que a los hombres les conviene ca-

sarse — le dijo don Roberto, después de terminar la lectura.

—¿De veras? — le preguntó su sobrino sonriéndose y acordándose de la vida algo frívola que llevó el autor de sus días—. Pues debió adquirirla «in articulo mortis».

Durante el tiempo que don Roberto había invertido en la lectura de estas cláusulas del testamento de su hermano, una infinidad de jovencitas esperaban impaciente el ser recibidas por el famoso y joven joyero, que estaba ajeno a cuanto sucedía afuera, hasta que entró un criado, anunciándole:

—Señor, ahí hay un batallón de mujeres, que zumban como avispas... y que quieren verlo... Le aconsejo que se eclipse.

—Ya no me acordaba decirle que anoche di los datos a un repórter para que publicase el siguiente anuncio y sacando un diario, leyó:

¡Muchachas! ¡La ocasión la pintan calva!

Larry Gilmore, apuesto joven y prestigioso joyero, debe casarse en el término de quince días. De lo contrario, perderá una herencia de un cuarto de millón.

¡Al buen entendedor!...

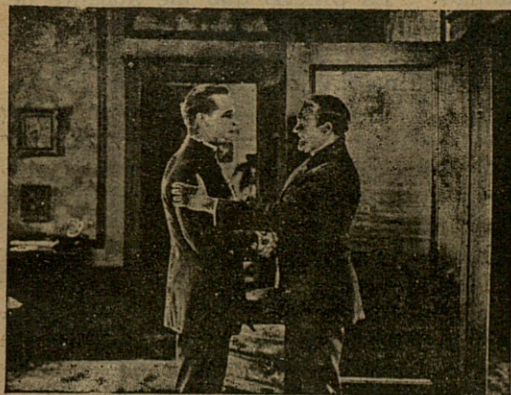
—Ya ves la idea no ha podido ser mejor. Ahí las tienes que parece que van a tomar por asalto el último tren!...

Larry, desconcertado por los gritos de las

mujeres, que a viva fuerza querían ver al señor Gilmore, le suplicó a su amigo:

—¡Tú que eres de la policía, sácame de este lío!

—¿Y qué les digo yo? — preguntó Julio, que prefería habérselas con una temible banda de foragidos, antes que con aquellas



Julio no tuvo inconveniente en acceder a los deseos de su amigo.

mujeres que reclamaban su derecho a casarse.

—No les digas nada... ¡Ahógalas!... la cuestión es que se vayan.

Julio comprendió que en aquella ocasión las palabras sobraban y que era preciso otras razones más convincentes para arrojarlas.

A tal efecto, sacó un par de ratoncitos y al verlos, rápidas como un cohete, salieron dando gritos.

En cuanto quedaron solos, don Roberto despidiéndose de su sobrina, le dijo:

—Mañana saldré de viaje por un mes...

A mi regreso, espero encontrarte ya casado.

—Julio — le dijo Larry al verse solo con su amigo—. Es preciso que me ausente de aquí durante los treinta días que me quedan de libertad... De lo contrario, me volvería loco por culpa de estas cazadoras de marido...

Bastante difícil es escapar de una mujer empeñada en casarse con uno... pero cuando son varias docenas, lo mejor es ocultarse — repuso Julio.

—Entonces es preciso que desaparezca por completo. Tú que erse concejal puedes salvarme, nombrándome guardia, sereno o lo que quieras, el caso es que yo figure en la ronda nocturna para que nadie me vea a la luz del día... Además, así podré ayudarte a descubrir a los ladrones de joyas.

Esto último convenció más que nada a Julio que no tuvo inconveniente en acceder a los deseos de su amigo y para ello se marchó para que le extendiera el nombramiento de oficial de la ronda nocturna.

II

Larry Gilmore tenía, como todo muchacho rico, su casita de soltero y un ayuda de cá-



Larry se veía perseguido por las mujeres...

mara que se llamaba Simpkins, el cual a su vez tenía una linda sobrinita llamada Molly, que venía con frecuencia a la casa de Larry, pero únicamente cuando sabía que éste estaba ausente.

Esta era la causa por la que Larry des-

conocía y no había podido admirar los muchos encantos de la joven. Molly era una preciosa chiquilla de 18 abriles; de pelo rubio, como el oro; ojos azules, como un cielo sin nubes; boquita pequeña y roja, como una amapola, que encerraba unos dienteitos pequeños y blancos que de vez en cuando limpiaba con la culebrilla de su traviesa lengüecita.

El ideal de Molly era llegar a ser una escritora célebre y tan arraigada tenía esta idea que había llegado a convencer a su tío de que su próxima novela le daría gloria y dinero.

* * *

A pesar de ello el buen Simpkins no la tenía todas consigo y ante los descabellados proyectos de su sobrina no pudo menos que decirle aquella vez:

—¡Quiera Dios, Molly, que esta novela te de fama y provecho!

—Estoy segura de ello, querido tío; pero mientras llega la gloria y la fortuna me he colocado en una casa de comidas. Y... dígame tío... ¿no me expongo demasiado a que me vea su amo, viniendo por aquí?

—No tengas cuidado. Siempre viene muy tarde el señorito.

Pero el amo, como si quisiera desmentir a su fiel ayuda de cámara, se presentó en aquel momento, sorprendiendo la conversación de los dos y, sin detenerse a pensar en el parentesco que pudiera unir a la joven con su criado, le dijo cariñosamente a éste: —¡Ah, picarón! ¿Con que aventurillas y todo, eh?

—No piense mal de mí señor, — repuso desconcertado Simpkins, ante la inesperada aparición de su dueño. — Ya no estoy en edad de tales cosas.

* * *

Espíritu aventurero, Larry estaba encantado de ser oficial de la ronda nocturna, que le permitía a su vez pasar desapercibido.

Enfrente a su casa vivía Peppy, una morena capaz de hacer perder el equilibrio al mejor malabarista del mundo y que estaba empeñada en ayudar a Larry a gastar su fortuna, previo enlace matrimonial de ambos. Pero Gilmore rehuía todo lo posible, el trato de esta joven, a pesar de que ella ponía en juego todos y los muchos encantos que po-

seía para atraerse al simpático heredero. Un no sé qué inexplicable, impedía a Larry el estrechar la amistad con aquella mujer, cuya vida debía encerrar algún misterio.

Sin embargo, el recuerdo de la preciosa rubia que vió en su casa de soltero, acudía a su memoria con tenaz insistencia y después de la primera vez, volvió a verla de nuevo. De los saludos, pasaron a los paseos y pronto comprendió Larry y aquella mujer sería la única que podría hacerlo feliz.

Tampoco Molly trataba ocultar la viva simpatía que le inspiraba el joven y su ilusión literaria fué desvaneciéndose, para dejar lugar a otra mucho más romántica y sentimental; la ilusión de llegar a ser amada por Larry.

III

El amor es una repentina enfermedad cuyos efectos son imposible destruirlos y en Larry se había acentuado de tal forma, que amenazaba una próxima gravedad.

Dos días antes de la fecha en que cumplía los treinta años, acompañaba, como de costumbre, a Molly, y le decía:

—Molly, la quiero a usted con toda mi alma. ¿Qué me contesta?

—Yo la verdad... —repuso emocionada la joven, aún cuando hacía tiempo esperaba y deseaba esta declaración.

El vió la buena impresión que habían causado sus palabras en el ánimo de la joven y animado por ello, continuó.

—Mañana por la noche nos casaremos.

—Yo correspondo a su cariño, pero todavía no puedo casarme...

—Pero... es que urge que sea mañana mismo. Hoy sacaré la licencia matrimonial lo arreglaré todo, y mañana, a las once en

punto, estaré aquí... Espérame sin falta, Molly.

Y sin querer escuchar los razonamientos de su novia se despidió de ella, convencido de que aceptaría casarse al día siguiente.

Al otro día, por la tarde, cuando le quedaban seis horas para casarse a fin de entrar en posesión de una fortuna que, de otro modo perdería irremisiblemente, su amigo Julio, le preguntó:

—Esta noche es la gran noche... Supongo que ya habrás elegido a la novia que te adora...

—¡Ya lo creo! Y tiene la firme creencia de que soy un oficial de ronda nocturna, lo cual demuestra que me quiere por mi mismo.

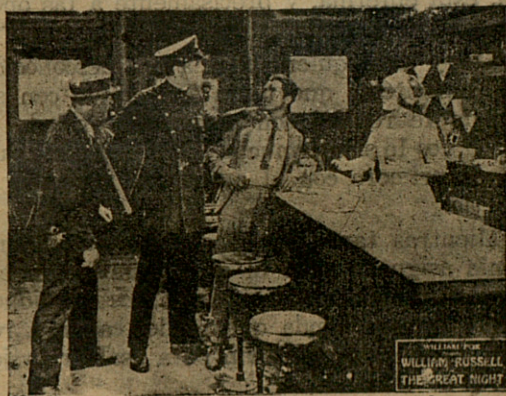
—Todavía no me ha dado el «sí», pero eso es lo de menos... Ya tengo la licencia matrimonial y nos casaremos esta noche a las once.

—Entonces, supongo, querrás que te dé permiso para no prestar servicio hoy en tu distrito.

No, porque quiero que siga creyendo que

soy policía de veras, hasta que nos hayamos casado.

Y Larry, con asombrosa prodigalidad, fué enumerando a su buen amigo, todos los encantos de su prometida, con ese entusiasmo propio de un hombre que está perdidamente



Larry estaba encantado de ser oficial de ronda nocturna...

enamorado.

Llegó por fin la noche y el nuevo policía llamó a su criado para decirle:

—Simpkins, mi tío Roberto llega esta noche en el expreso de Manhattan, a las once... y es preciso que vayas a recibirlo a la estación.

Esta orden contrarió bastante al buen Simpkins, que había quedado con su sobrina en asistir, aquella noche, a la lectura de su última novela y, con humildad, pretendió eludir el mandato, pretextando una imperiosa necesidad, y le dijo:

—Dispénseme usted, señor, pero mi sobrina, está enferma, y precisamente a las once prometí ir a verla.

Larry para quien todavía era desconocido el parentesco que tenía su criado con su amada le replicó con alguna severidad.

—Pues lo siento mucho... Es necesario que vayas primero con el automóvil a recibir a mi tío.

Mientras tanto en el distrito que Larry tenía asignado y en el que casualmente estaba su propio establecimiento, los individuos de la famosa banda que se dedicaban a robar joyas, se preparaban para asaltar la joyería de Gilmore.

Cuando apareció Larry, creyó oír ruidos en el interior de la tienda y, sin pensar en las graves consecuencias que podría acarrearle su imprevista decisión, entró en el establecimiento y revólver en mano detuvo a tres de los ladrones.

Sin perder tiempo telefoneó a la comisaría, dando cuenta de la captura, para que enviasen varios agentes que se hicieran cargo de los malhechores.

Mientras llegaban éstos, el joven policía,

inquieto al ver que transcurría el tiempo y (que se le iba a pasar la hora de su boda, les dijo:

—¿No pudieron elegir para sus fechorías otra noche y no esta que es precisamente la de mi boda?

—¿Por qué no nos mandó invitación? ¿Ibamos a adivinarlo? — repuso descaradamente uno de ellos.

—La invitación la recibirán mañana — dijo el joyero, echando a broma la impertinente contestación del «rata» —. Y dirá: «diez años de presidio».

En aquel momento llegaron los agentes pedidos y Larry después de hacer entrega de los presos corrió al sitio en que estaba cerrado con Molly, temiendo que la joven, cansada de esperar, se hubiera marchado.

IV

Mientras en la Estación Central, Simpkins, esperaba la llegada del expreso de Manhattan, su sobrina, que esperaba vanamente a su tío en la esquina de costumbre, al ver que no llegaba y temiendo que estuviera enfermo, decidió ir a su casa para ver qué le había ocurrido.

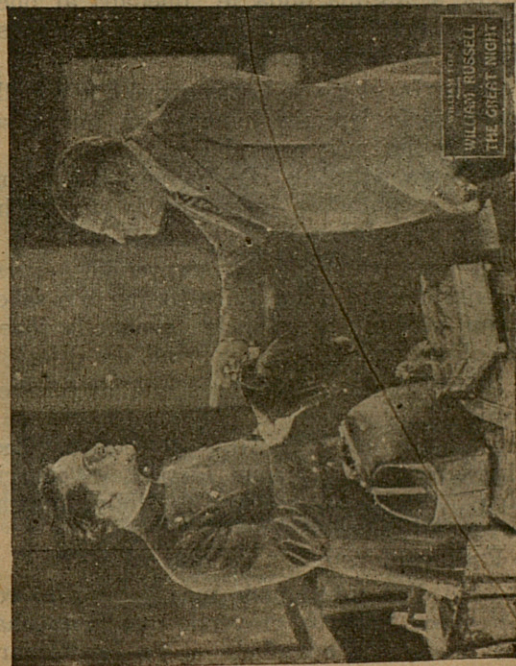
El pobre Simpkins cansado de esperar se acercó a un empleado de ferrocarriles para preguntarle si el tren expreso de Manhattan traía mucho retraso.

—Pero si el tren llega por la estación de Pennsylvania...—le contestó el empleado.

Efectivamente, don Roberto hacía ya tiempo que había llegado a la casa de su sobrino y preguntado por él a uno de sus criados.

—El señor no ha estado aquí en toda la noche — contestó aquél.

Por la imaginación de don Roberto cruzó, rápido como un relámpago, una feliz idea. No cabía duda, Su sobrino se había casado y



—¿Y por qué no te casas con esa joven?...

su alegría fué tanta que no pudo menos que exteriorizarla, diciendo:

—¡Ah! ¡Se ha casado ya, gracias a Dios!

Por si alguna duda le quedaba al buen don Roberto, Molly vino a disiparla con su llegada en busca de su tío.

Al verla, el tío de Larry creyó que aquella joven sería irremisiblemente su nueva sobrina y sin más preámbulos, preguntó:

—¡Vaya, vaya!... ¿De manera que es usted la encantadora joven con la que se ha casado mi sobrino, eh?

La negativa de Molly, sorprendió extraordinariamente a don Roberto, que sin saber a qué atribuir la estancia de aquella joven en el domicilio de su sobrino, la dijo:

—¿Qué no?... ¿Entonces qué hace usted aquí?

Sin atreverse a confesar el motivo de su visita, por miedo a que le pudiera ocurrir algo desagradable a su tío, Molly apenas pudo balbucear:

Pues verá usted... Es que yo... Yo...

—No diga usted nada más — replicó colérico don Roberto, creyendo que la muchacha había sido engañada—. Yo le obligaré a que se case con usted esta misma noche. No se preocupe.

Mientras tanto, Larry, sin haber podido encontrar a su novia, volvía a su casa acompañado de «Peppy», que le decía:

—Larry ¿no es cierto que perderás una

fortuna si no te casas hoy, antes de media noche?

—Así es — contestó él.

—Pues yo estoy sola en el mundo, Larry, y si quieres tomarme por esposa...

—Lo siento mucho, «Peppy», pero tengo otros planes...



Todos los razonamientos fueron inútiles para vencer su oposición. . .

* * *

La conversación de los dos jóvenes llegó hasta don Roberto, que si bien no oyó las

palabras de éstos, reconoció la voz de su sobrino.

Pero cuando salió, «Peppy» no estaba ya con Larry. Una rara casualidad había hecho que ésta se ocultase en la misma habitación en que estaba Molly, la cual, al verse sola y creyendo, por las palabras de don Roberto, que se trataba de un loco, huyó de aquel lugar donde no se creía muy segura.

En cuanto estuvo cerca de su sobrino, lo primero que hizo fué preguntarle si se había casado.

—He hecho lo qué he podido por encontrar mujer, pero nadie me quiere...

—¿Y por qué no te casas con esa inocente joven a quien con malas mañas y peores intenciones has atraído aquí?

—No vengas ahora con bromitas, tío. El mejor chiste del mundo me arrancaría lágrimas esta noche...

—¿Llamas a esto broma? ¡A no ser por mi oportuna llegada, habrías manchado para siempre el limpio nombre de los Gilmores!...

—Pero... ¿de qué estás hablando? ¿Se puede saber?

—En esa habitación hay una joven... Te doy veinticinco minutos para casarte con ella...

Y sin esperar la respuesta de su sobrino se dirigió hacia la habitación donde creía encontrar a Molly.

V

La sorpresa del buen don Roberto no tuvo límites cuando, al entrar en la habitación, se encontró con «Peppy» en vez de Molly.

Ante este cambio de mujeres, exclamó:

—Cuando entré aquí, hace un momento, era usted rubia y tenía un vestido claro... Y ahora es morena y lleva un traje negro... Hágame el favor de explicarme este misterio.

—¿De modo que esta es la joven a quien «arrastré» aquí? —preguntó Larry, que había seguido a su tío—. Pues te advierto que ya van seis veces que he rechazado la proposición de matrimonio de mi vecina «Peppy...»

Don Roberto estaba decidido, con tal de no perder la herencia de su hermano, a que su sobrino se casase. Poco le importaba a él que fuese rubia o morena. Todo consistía en un cambio de colores que no tenía importancia. La cuestión era casarse y por lo

mismo le dijo a Larry:

—¿No te das cuenta de que si no te casas dentro de doce minutos, perderás una enorme fortuna?

—¡No me importa! ¡O me caso con la mujer que amo, o no me caso!

Los razonamientos de su tío fueron inútiles para vencer su oposición. Larry estaba decidido a casarse únicamente con la mujer que amaba. Nada ni nadie podría hacerle desistir de su propósito. ¿Para qué quería él poseer la inmensa fortuna de su padre, si con ella no podía conseguir el amor de Molly?

El esperaría y se casaría con ella, aunque luego tuviese que trabajar. Todo, antes que renunciar a su adorada Molly.

* * *

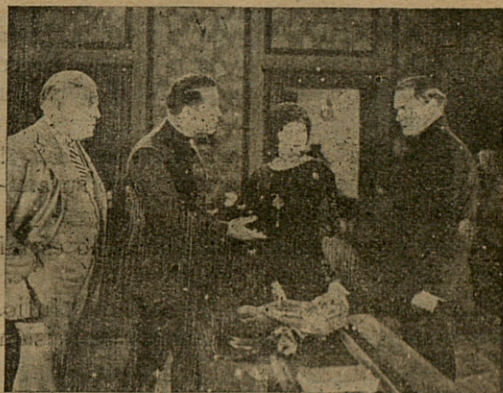
Los ladrones capturados por Larry momentos antes habían confesado todos sus robos y los nombres de cuantos formaban la banda.

El primero y cuya detención se hacía más urgente era «Peppy», que, como jefe de la banda, era a quien más responsabilidad ca-

bía en los muchos robos que se habían cometido desde hacía algún tiempo.

Por esta razón a donde primero se dirigió la policía fué al domicilio de la acusada, que vivía, frente a la casa de Larry.

Julio Dentón, recibió la orden de mandar



—No te precipites. Esta dama no es mi esposa. . .

a los agentes que debían registrar la casa de «Peppy» y detener a su dueña, pero al pasar por la puerta de la casa de su amigo Molly salía huyendo y en la creencia de que se tratara de la propia «Peppy» los policías la detuvieron mientras que Julio subía a fe-

licitar a Larry por el servicio que había prestado.

* * *

Al ver a «Peppy» supuso que aquél, para cumplir la cláusula del testamento de su padre se había casado y que aquella mujer era su esposa.

—¡Mis más calurosas felicitaciones, Larry!
— Le dijo, queriéndole abrazar, pero su amigo le detuvo, diciéndole,

—No te precipites... Esta dama no es mi esposa. Es la señorita «Peppy».

—¡La señorita «Peppy»!—exclamó Julio.
—Precisamente tengo un mandato de prisión contra ella, por robo.

—Larry tenías razón al presumir que había una mujer en la banda de ladrones de joyas... Era la que capitaneaba la banda... y se llama «Peppy».

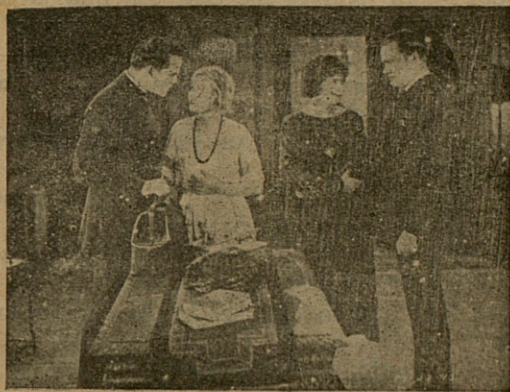
Los ladrones a quienes capturaste hoy, lo han confesado todo.

—¿Entonces ¿quién es la rubia que estaba aquí? — intervino don Roberto, que se había hecho un lío con los ladrones, la banda, «Peppy» y con todo aquel enredo del que no entendía una palabra.

—Tal vez sea una rubia que tengo detenida abajo — repuso Julio.

Y los tres hombres marcharon para ver si efectivamente era aquella la mujer que había visto don Roberto.

Apenas la vio Larry corrió hacia ella gri-



Al verle, Molly, corrió hacia Larry.

tando:

—¡Molly!... ¡Molly!

Al ver ésta a su prometido no dudó que éste la salvaría, y le gritó:

—¡Por Dios, venga en mi ayuda, señor oficial!

El tío de Molly explicó entonces todo lo que había ocurrido, diciendo:

Es mi sobrina, señor. Vino a verme esta noche, para que leyésemos juntos unos cuentos... O novelitas que ella ha escrito...

Entonces Larry Gilmore, volviéndose hacia su tío, le dijo:

—Dices que es preciso que, para salvar el honor de la familia, me case con una joven rubia. Bueno, ¿dónde está el celebrante?

—Aquí llega — le contestó don Roberto—. Había mandado por él, porque creí que haría falta esta noche.

Miró el reloj y al ver la hora que era ordenó al Pastor:

—¡Comience, señor Pastor!... ¡Sólo tiene dos minutos para la ceremonia.

Y el encargado de unirlos ante Dios hizo la consabida pregunta:

—¿Acepta usted por esposa a esta señorita?

—Sí, acepto — contestó Larry.

—¿Y usted acepta por marido a este caballero?

—Bueno... La verdad, yo no sé qué decir. Esto ha venido así... tan de repente... que no sé lo qué debo hacer—contestó toda confundida la joven.

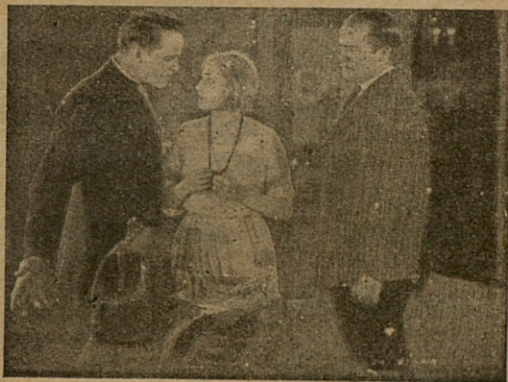
—¡Dese prisa por Dios... que el tiempo vuele! — intervino don Roberto.

—Dí que sí, Molly... Ya tendrás tiempo de reflexionar mañana... — le dijo su tío

—Bueno... acepto — contestó la joven.

* * *

Don Roberto, por fin pudo respirar. Las veinticinco mil pesetas eran ya suyas. Trabajo



—¡Di que sí, Molly! ya tendrás tiempo de reflexionar...

le había costado, pero podía darlo por bien empleado ante la espléndida recompensa.

El buen Simpkins, saltaba de alegría al ver el casamiento que había hecho su sobrina.

La única persona que no estaba del todo

muy convecida era Molly que le preguntó a Larry:

—Ahora quiero saber qué significa todo esto.

—Es una larga historia, Molly... y te la contaré con todos sus detalles durante nuestra luna de miel... — Le contestó el joven, mientras estrechaba entre sus brazos su máxima felicidad, personificada en la gentil figurita de Molly.

FIN

LAS JOYAS

DE LA PANTALLA

Argumentos literarios de las mejores películas, interpretadas por los principales artistas del arte mudo

TITULOS PUBLICADOS:

Mujer Altanera

por Eleanor Boardman, Pat O'Malley y Harrison Ford

La Niña del Cabaret

por Gisela Schoefer

La voz de la Sangre

por William Farnum

El toque de alarma

por Elaine Hammerstein

La novela de un buen muchacho

PRÓXIMA PUBLICACIÓN

OJOS DOMINADORES -- CASADO DOS VECES, ETC.

